

## LA COMUNICACIÓN EN LA PAREJA: COMUNICACIÓN EN SUPERFICIE – COMUNICACIÓN EN PROFUNDIDAD

Antonio J. Márquez Cabeza\* y Concepción Quidiello Poveda  
*Club Unesco Sevilla (\*)*

Nuestra participación en esta mesa redonda, no pasa de ser la de un matrimonio inquieto por este tema y que expresamos nuestra opinión como una voz de la calle en este simposium.

No son tiempos fáciles para la comunicación. Nuestra sociedad es la sociedad de la información pero no de la comunicación y el conocimiento. Asistimos a un tiempo en el que hay posiblemente más información que nunca y a la vez menos comunicación entre las personas que nunca. Nos perdemos en los chorros de noticias, tinta cibernética y montañas de papel que nos proporcionan una cantidad de información tal, y a tal velocidad, que no la podemos asimilar y muchas veces ni siquiera analizar o seleccionar acertadamente discriminando lo que es verdaderamente importante de lo que es secundario y accesorio. Anulamos así en la práctica nuestra capacidad de respuesta y nos mantenemos en una sensación de confusión generalizada que hace que no se aglutinen corrientes de pensamiento ni se estimulen debates en profundidad sobre los contenidos y las ideas. En consecuencia se termina por aceptar como intrínsecamente bueno aquello que es útil o nos reporta beneficios inmediatos a nivel personal, anteponiéndolo al bien colectivo, y exacerbando de esta manera el individualismo que después saben aprovechar quienes desde y para el poder siguen beneficiándose con el divide y vencerás.

Este caldo de cultivo no favorece en absoluto la comunicación en la vida de la pareja. Somos propensos a la comunicación en superficie, dejando de lado la comunicación en profundidad. El ritmo de vida tan agitado que llevamos, así como el estrés que acompaña, hacen que sean cada vez más escasos los espacios de tiempo comunes para el diálogo sereno y profundo. Se nos ofrecen además fácil y constantemente numerosas posibilidades de evasión para suplantar esta carencia. Por otra parte, el influjo de una sociedad cada vez más consumista y despilfarradora propicia la obsesión por lo material que substituye los diálogos en profundidad sobre nuestra vida interior como pareja, por otros diálogos sobre los asuntos materiales, muchas veces puras necesidades ficticias, que hacen que ocupemos y preocupemos nuestros mejores momentos en las mismas. Esta gran preocupación por el tener, más que por el ser, nos va convirtiendo a muchas parejas, poco a poco, en grandes desconocidos

mutuos que coexisten en una vida en común más o menos pacífica, pero cada vez más distanciada. Si a esto se suman los miles de avatares cotidianos provocados por la alta competitividad o la inestabilidad laboral, o los que surgen de las complicadas relaciones interpersonales dentro y fuera de la familia, o los cambios que se producen en función de la edad, así como ese largo etcétera que todos podríamos citar, resultan situaciones que pueden agravar enormemente el distanciamiento que experimentan las parejas, originando fuertes episodios de crisis y rupturas. Vivimos muchas veces con la sensación de que como personas y como parejas no somos dueños de nuestra propia vida, sino una especie de bola de nieve que se mueve dando tumbos en base a los condicionamientos externos.

Hemos evolucionado en poco tiempo desde un modelo de pareja dependiente a otra mayoritariamente independiente en sus hábitos de vida. En el primero, pareja dependiente, uno de los dos cónyuges dependía absolutamente del otro en determinadas facetas de su vida (la mujer del sueldo del varón; el varón de la forma en que la mujer organizaba muchos aspectos de la economía y la vida familiar). En el modelo de pareja independiente las grandes esferas del «yo» y del «tú» tienen escasos puntos de intersección. Ni el uno ni el otro modelo han posibilitado por lo general grandes niveles de comunicación en profundidad, relegando la comunicación en la pareja a la comunicación en superficie sobre aquellos aspectos de los que o bien dependemos el uno del otro, o bien constituyen los escasos puntos de nuestra intersección.

Es preciso promocionar y recorrer el camino hacia un modelo de pareja «interdependiente», en el que fluyan los valores del yo hacia los valores del tú y viceversa, experimentando así desde la propia existencia el regalo continuo y permanente que se me ofrece desde el otro. Habrá que encontrar los mecanismos para inclinar la balanza del ser y del tener, hacia el lado del ser. Ser o no ser sigue siendo la cuestión. Será preciso retomar individual y colectivamente las riendas de nuestra vida de forma que ésta no quede a merced del sistema. Se trata de volver a creer en la originalidad de uno mismo frente a esta especie de clonación cultural que estamos padeciendo y que nos impone unas determinadas formas de vida y de conducta que nos hacen ser repeticiones de moldes prefabricados. Será imprescindible encontrar como sociedad las fórmulas necesarias para desarrollar el trabajo y a la vez recuperar espacios de encuentro y convivencia para las parejas y las familias. En definitiva, aprender a disfrutar y no a tener que padecer las consecuencias del progreso. Será preciso encontrar y compaginar los horarios laborales y escolares de forma que éstos permitan dedicar más tiempo –y éste vivido con más calidad- para la vida de pareja y a estar con los hijos. Horarios que permitan hacer de las comidas espacios útiles para el encuentro familiar, y no sólo reducirlos a almuerzos de trabajo o pura satisfacción de necesidades primarias, al margen de su aspecto relacional. Tendremos que superar los modelos culturales del «pragmatismo, la productividad y la eficacia» por otros modelos que coloquen en lugar prominente el cultivo de los valores humanos y espirituales. Se trata, en resumen, de anteponer la calidad de nuestra vida relacional basada en nuestro ser de personas, antes que la que nos puede ofrecer un supuesto bienestar basado exclusivamente en el tener cosas materiales.